

Epístolas morales: «Porque en último caso la razón es soberana, y así como determina lo perteneciente a las costumbres, lo virtuoso y honesto, debe determinar también lo que es bueno y lo que es malo». Y en *De la vida bienaventurada*: «Si nos apartáremos de la turba, cobraremos salud».

En consecuencia, la Antigüedad resolvió la importantísima disputa entre la razón y la moral por el dominio del sistema de valores humanos decantándose por la primera. Cualquier moral necesita una justificación humana y, a su vez, toda justificación se elabora mediante un procedimiento racional. Todo, incluyendo la moral, debe justificarse ante la razón. Puedo declarar con plena convicción que gracias al pensamiento libre y sin trabas de los filósofos grecorromanos se ha desarrollado radicalmente, esto es, desde la raíz, la inteligencia de nuestra civilización. Contando solo con la razón, los filósofos pudieron desarrollar el intelecto y llevar a término la transformación de un ser más bien cercano al mono, el *Homo superstitiosus*, en un ser pensante, es decir, en *Homo sapiens*.

Según mi más profunda convicción, apenas acabado el período de la Antigüedad clásica empezó una degradación humana que duró varios siglos, si bien dicho proceso perdió fuelle en el Renacimiento y cesó definitivamente durante la Ilustración con la aparición de un modelo social y político liberal.

Pitágoras, nuestro amado filósofo escolar, dijo: «Donde no hay número y medida racionales, habitan el caos y las quimeras».

Las quimeras tampoco son aceptables en mi sistema de valores. Cuando las quimeras se apoderan del hombre, este vuelve al estado primitivo y bárbaro y empieza a oprimir su razón. Esta opresión se manifiesta muy bien en el caso de las quimeras religiosas. Para este tipo de personas he pensado el término *Homo religiosus*.

Así que este capítulo constituye un intento de comprender cómo el hombre antiguo, tan razonable y capaz de crear valores, pasó a ser el hombre religioso que crea quimeras. ¿Cómo y por qué el *Homo sapiens* se hizo *Homo religiosus*?

■ La entronización del *Homo religiosus* ■ o una breve historia del empobrecimiento de la razón

Jehová conoce los pensamientos de los hombres, que son vanidad. |
Salmos 94:11 |

El *Homo religiosus* —el hombre religioso— apareció y se consolidó con el nacimiento del judaísmo, aún próximo a la Antigüedad, pero cobró fuerza y gloria plenas mucho más tarde, con el desarrollo del cristianismo y el islam.

A primera vista, la idea del Dios único puede parecer un avance. En lugar de un panteón de inmorales dioses paganos que no paraban de pelear, se proponía a los creyentes un dios-idea, encarnación de un orden universal y especulativo, unión de todo lo existente. Este dios representaba una moral igualmente única y universal así como una ley, gracias a las cuales la humanidad podía unirse en nombre de valores comunes y con la promesa de un

brillante futuro de ultratumba. Pero con apenas escarbar un poco, todo aquello se revela con menos brillo de lo que podía haber parecido de buenas a primeras. Desafortunadamente, la mayoría de las ideas progresistas positivas y útiles encuentran un mal final. Ya se sabe, el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. La noble idea de un dios único trajo consigo el empobrecimiento de la razón y no su esperado florecimiento. La afirmación del origen no humano de la Revelación daba lugar a la incompatibilidad entre la fe en esa revelación y la fe en la razón humana.

Para entender mejor la cuestión, hay que examinar las relaciones entre razón y fe en la época del monoteísmo. En el apartado anterior me pregunté cómo la razón antigua pudo convertirse en una superestrella. Ahora toca preguntarse cómo perdió esta, durante el monoteísmo, su condición de superestrella.

La civilización griega había pasado del pensamiento mitológico irracional al pensamiento racional. El monoteísmo emprendería el camino de vuelta al pensamiento mitológico irracional, ese lugar del que los griegos habían escapado horrorizados. Fue así como la filosofía antigua se vio reemplazada por la ley severa y universal de las Escrituras. La voluntad irracional de Dios se convirtió en la causa de todo acontecimiento. Y en esto se distinguía drásticamente el monoteísmo del pensamiento antiguo mitológico, para el que las decisiones se tomaban de acuerdo con la naturaleza humana y los deseos individuales del hombre. Los postulados de la fe son superracionales. Es decir, los principios del pensamiento racional no se aplican a la fe: lo irracional es superior a lo racional y lo religioso y espiritual es superior a lo laico y material. La fe se opone a justificar sus disposiciones básicas, contando exclusivamente con la autoridad de la tradición y el milagro.

A la razón antigua, más desarrollada, le costaba convivir con la revelación y el milagro. ¿Cómo fue posible, tras haber convivido durante siglos con el estricto y exigente logos, aceptar la existencia de unos acontecimientos sobrenaturales que refutaban por completo un orden de cosas habitual y lógicamente organizado? Al final, aquella razón cayó gravemente enferma, se debilitó con rapidez y nadie se ocupó de curarla, pues había perdido valor para el monoteísmo que había sustituido al pensamiento clásico. Por otra parte, las religiones monoteístas son propensas a las prácticas ascéticas, pero el hombre no puede pensar bien en un cuerpo que no se encuentra bien, en el que no hay armonía con el espíritu, algo de lo que la Antigüedad se preocupaba. En cambio, al oprimir el cuerpo oprimimos el pensamiento.

Los éxitos evidentes de la razón antigua se explicaban por la libertad de escoger el objeto de investigación sin que eso trajese consigo el sometimiento a coacción intelectual alguna.

La aparición de la fe en un Dios único y en sus revelaciones provocó una pérdida de la libertad de pensamiento. Cuanto más poderosa es la religión, menos admite las ideas individuales, ustedes no lo van a negar, ¿verdad? El contexto de la fe está estrictamente regulado: Dios está en el centro y solo de él emana el poder; el único texto inmutable y respetable es el expuesto en el libro sagrado; la única manera de ver el mundo es la visión religiosa. El hombre dejó de legislar el mundo y a partir de entonces la razón es la de

Dios; su autoridad, la única reconocida. Por eso el deseo religioso de destruir la antigua y tradicional independencia del pensamiento y debilitar la razón mediante la religión parecía, de hecho, muy lógico, y ese debilitamiento era más que normal. La adopción de los postulados de una razón ajena conlleva una debacle para la propia.

Claro que anular por completo la razón resultaba imposible (¿no se puede cortar la cabeza a todo el mundo!), por eso la única solución consistía en limitar su ámbito de injerencia. Así fue como esta se vio restringida, del mismo modo en que para la cacería del lobo se demarca el terreno con banderas rojas. El único destino digno de la razón era servir a Dios con el fin de situarla en «un estado espiritual» elevado. El estudio profundo, comprensión exhaustiva y exégesis detallada de las verdades de la Revelación se convirtieron en el límite del desarrollo intelectual.

En la Antigüedad, la razón exploraba la realidad con alegría e intentaba usar el conocimiento para mejorar la calidad de vida de las personas y crear nuevos valores. La razón se orientaba hacia el mundo real y prefería el conocimiento crítico autónomo, exigía argumentarlo todo y se situaba, naturalmente, contra la experiencia mística, las tradiciones turbias y los milagros.

La religión, a diferencia de la razón, no debe orientarse al mundo real: la fe ciega se basa en las verdades del libro. A la fe, por lo tanto, le conviene una multitud sin rostro, una masa gris atraída por la promesa de inmortalidad, intimidada por el castigo de los pecados. Desde el punto de vista religioso, el ser humano no puede conocer el mundo ni comprender la voluntad de Dios con la sola ayuda de la razón. Todos nuestros juicios lógicos sobre la existencia dependen de la voluntad divina.

El enorme éxito de la razón antigua se vincula al hecho de que esta se basara en la conciencia individual, por lo que se gozaba de una tolerancia absoluta hacia cualquier concepción metafísica, creencia religiosa o punto de vista divergente.

El monoteísmo rápidamente puso fin a la tolerancia. En el libro sagrado está todo lo necesario: allí se describe el pasado, se dictan normas para vivir en el presente y se anuncia el futuro. Dentro del marco religioso, la teología, y no la filosofía como en los tiempos antiguos, se convirtió en la reina de las ciencias, la única reconocida. En consecuencia, todas las otras ciencias quedaron relegadas durante siglos.

La teología tiene por objeto de estudio la doctrina de Dios. Al igual que su objeto de estudio, es por defecto autoritaria y niega la autonomía de la razón, basándose en la idea de que esta también es una creación divina. Es una ciencia orientada principalmente hacia el pensamiento irracional y subjetivo, cuya base es el milagro y el absurdo. Los teólogos afirmaban que la revelación, los mandamientos y los dogmas le abrían al ser humano las puertas de la verdad absoluta y universal. No hacía falta perder el tiempo con la filosofía y la ciencia. Todas las verdades ya son conocidas y cualquier búsqueda adicional es mera distracción. La verdad divina se aprueba sin discusión e interpretación.

Si yo fuera creyente, o mejor aún, si fuera teólogo, adoptaría una actitud todavía más rígida hacia la razón. Todo lo que esta hace es contrario a los objetivos de la religión y, por lo tanto, desde el punto de vista religioso, el ataque a la razón está del todo justificado,

porque es una amenaza real en cuanto compite con la religión para ejercer una influencia en el individuo.

El monoteísmo tampoco olvidó la cultura. Al existir un solo libro de referencia, los demás quedaban obsoletos. ¿Quién los necesitaba? Allí donde haya dogma no habrá controversia: este le dicta a la débil e indigna razón humana lo que debe pensar y qué conclusiones debe sacar. Sus disposiciones se asumen como veraces, haciendo caso omiso de toda contradicción lógica y de cualquier incoherencia en el texto sagrado, incluso si se tratara de capítulos enteros. No importan los saltos o las elipsis explicativas. Un verdadero creyente también puede prescindir de la educación y los conocimientos laicos; en el mejor de los casos son superfluos, en el peor, nocivos. En los comienzos del monoteísmo, carecer de educación no religiosa era a menudo motivo de orgullo. De la gran filosofía antigua solo quedó, por muchos siglos, una escolástica vacía y estéril.

Hoy en día, nada ha cambiado. Los creyentes profesionales dedican toda su vida a estudiar las leyes divinas. No procuran en absoluto un conocimiento humano y laico. Por el contrario, hacen cuanto está en sus manos para eludir todo lo que no admita su fe. Cualquier pregunta «equivocada» provoca en ellos temblor y estupor, por lo que no pueden ofrecer respuestas sustantivas y, en vez de eso, se limitan a ofrecer los comodines de la doctrina y citar a sus autores más estimados.

La lucha apasionada pero pacífica entre ideas divergentes que buscaban nuevas y mejores concepciones y principios para la existencia humana había traído consigo el desarrollo de la cultura antigua. En el mundo del conocimiento solo se aceptaba la actitud crítica hacia todo lo viejo. La aceptación de la ley sagrada, grabada a fuego, cambió radicalmente el panorama. La razón perdió competitividad y fuerza crítica, dejó de ser un vector de desarrollo. A partir de entonces, el pensamiento crítico no solo no se aceptaba con agrado: estaba estrictamente prohibido. También quedaban «vetados» quienes lo ejercieran. Era comprensible, pues a estas personas les costaba creer en verdades reveladas y aceptadas sin vacilar. Todo planteamiento crítico que cuestionara las tesis principales de la Revelación se consideraba una herejía extremadamente peligrosa para la estabilidad de la religión dominante. La duda sobre la existencia misma de un dios se tenía por rebelión contra las autoridades y se castigaba en conformidad con la gravedad del delito. La forma más habitual del castigo era la muerte. Los Padres de la Iglesia comprendían perfectamente que la Revelación no soportaría un análisis racional. La doctrina debe mantener su esencia inescrutable y mística en la imposibilidad de su comprobación. Pocos querían correr el riesgo de llevar a cabo ese análisis crítico, y de ese modo la tradición antigua de la autoría individual de los textos iba desapareciendo. Nombre, personalidad y punto de vista propio del autor quedarían relegados a un segundo plano, para que este pudiese ser el portavoz de la verdad divina y nada más.

Los pensadores antiguos daban prioridad a la razón al suponer que, con su ayuda, les era posible definir una moral común, pues esta necesitaba una justificación racional.

El monoteísmo, en cambio, declaraba con voz alta, a través de sus teólogos, que la razón humana era secundaria, pues por sí misma no era capaz de vislumbrar el bien

moral y, en consecuencia, no podía elegir lo correcto. La fuente de una moral auténtica se encuentra fuera del individuo, solo se puede detectar con ayuda de la fe. De modo que si, por el milagro que fuese, la humanidad entera empezara a creer en un dios único, todos los problemas desaparecerían: la desigualdad y la injusticia, los delitos contra las personas y las guerras.

Y aquí me veo obligado a retomar la cuestión de las buenas intenciones. No existen pruebas de que las personas religiosas posean necesariamente una moral más elevada, más bien al contrario. Si uno se pone a analizar, en la época pagana anterior al monoteísmo, la fe no era una prioridad vital y a ello se debía que el politeísmo no conociera los conflictos religiosos. Como consecuencia de la llegada del monoteísmo, la fe se convirtió en la ocupación principal de los individuos y el punto de referencia para valorar a los demás. Por consecuencia, decenas de millones de personas perecieron en guerras religiosas, defendiendo ideales tan ilusorios como ajenos a la vida cotidiana.

La filosofía y la ciencia antigua fueron las primeras en formular los principios del pensamiento abstracto que seguimos usando hoy en día.

El monoteísmo se arrogó la autoría del pensamiento abstracto, arrebatándosela a los antiguos. Así, aplicaban nociones abstractas sin ninguna argumentación a las cosas reales del mundo material, y de ellas dependerían en adelante las consideraciones sobre la esencia y el destino de la humanidad. Nietzsche dice al respecto que la fe religiosa supone la existencia de unos objetos hipostáticos, es decir, objetos que no se refieren al mundo material y se encuentran fuera del espacio y tiempo. Dios, diablo, ángeles, demonios y espíritus... Todos los personajes impuestos por los clérigos.

El argumento principal de la teología, el que demuestra la veracidad de la Revelación, desde luego no está basado en la razón, sino que apela al pasado y la tradición, algo que las generaciones actuales ni recuerdan ni pueden justificar. El progreso y las invenciones científicas más novedosas parecen valer menos que las «verdades eternas» del pasado. La veracidad de la Revelación no solo se basa en la palabra de Dios, pues también está respaldada por la tradición y la autoridad. Ambas nociones tienen su origen en el pasado y están orientadas únicamente a él. Las ideas y opiniones de los creyentes contemporáneos, por muy cultos y respetados que sean, son menos valiosas que las opiniones de los incultos creyentes más reputados del pasado, esos que vivían hace cientos o miles de años. En pocas palabras, una idea se considera verdadera solo porque nuestros antepasados así la consideraban. La estupidez que este método entraña resulta evidente incluso para los niños. Como bien expresó Sigmund Freud:

Debemos creer porque nuestros antepasados creyeron. Pero estos antepasados nuestros eran mucho más ignorantes que nosotros. Creyeron cosas que nos es imposible aceptar. [...] Si preguntamos en qué se funda su aspiración a ser aceptados como ciertos, recibiremos tres respuestas singularmente desacordes. Se nos dirá primeramente que debemos aceptarlos porque ya nuestros antepasados los creyeron ciertos; en segundo lugar, se nos aducirá la existencia de pruebas que nos han sido transmitidas por tales generaciones anteriores y, por último, se nos hará saber que está prohibido plantear interrogación alguna sobre la credibilidad de tales principios (El porvenir de una ilusión).



Duccio di Buoninsegna. La guérison de l'homme né aveugle, 1308-1311.

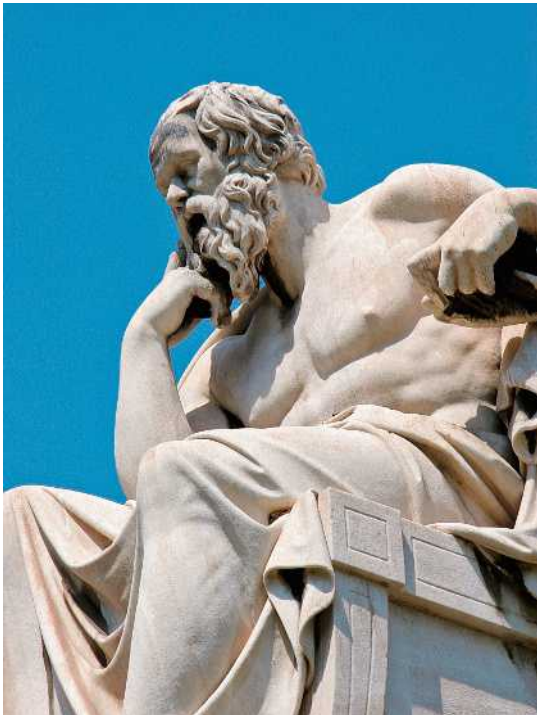
Para la religión el pasado es, como hemos visto, mucho más valioso que el presente o el futuro. Por algo los milagros más destacables sucedieron hace tanto tiempo. Cuanto más remoto es el «milagro», más se debe creer en él. Ahora bien, hoy en día apenas hay milagros. Pareciera que Dios está decepcionado con nosotros y ha dejado de amarnos. De lo contrario, ¿por qué no se manifiesta ante los seres humanos como lo hizo ante Moisés? ¿Por qué no nos saluda desde las nubes?

No sorprende que todas las opiniones basadas en un fundamento tan sólido hayan llegado a parecerse entre sí cual gemelos idénticos: solo los autores originales de los textos sagrados poseían una identidad notoria, sus seguidores se conformaban con la posibilidad de copiar. En consecuencia, la ciencia religiosa se encerró en sí misma: el inicio, el desarrollo y el final de toda investigación consistían en hacer comentarios a las Escrituras.

Luego aparecían «comentarios a los comentarios» (el Talmud y toda la tradición teológica cristiana son los ejemplos perfectos); y así hasta el infinito, de manera que se cerraba el camino a los nuevos conocimientos. Alrededor de esas llamadas «verdades» revoloteaban, como moscas en la miel, las autoridades religiosas, cuyas opiniones se consolidaron como tradición hasta cobrar un carácter sagrado. Con todo, si bien el desarrollo de la civilización perdió fuerza, no se frenó por completo. Nuevas ideas lograban abrirse camino tarde o temprano acaso porque algunos no creían tanto como debían.

No pretendo adjudicar al monoteísmo el infortunio de la razón antigua, como no se puede acusar al león de tener hambre y comerse al antílope. El destino de la razón era inevitable, pues toda «monofé» es incompatible con ella: la fe es una jaula para la razón. Y un ser humano encerrado en una jaula sufre tanto como un pájaro. Fue así como la poderosa razón antigua dejó de funcionar como tal y se puso al servicio de las Escrituras sagradas, debilitándose y atrofiándose, como les sucede a los músculos cuando no hay actividad física; los brazos se hacen más finos, los abdominales se cubren de grasa, los glúteos se caen. Por desgracia, las personas enseguida notan la degradación de su cuerpo al mirarse al espejo, pero les cuesta ver en el reflejo la triste degradación de su razón.

Es el momento de hacer unas primeras conclusiones. En la escuela y en la universidad me enseñaron que una persona imparcial debía no solo cuestionar las palabras del otro, sino también discutir consigo mismo. Y eso es lo que decidí hacer:



Sócrates y Moisés.

¿La gente corriente realmente necesita la razón? ¿Acaso es más fácil convivir con ella? Su desarrollo y cuidado no exigen menos dedicación y esfuerzo que hacer deporte de alto rendimiento, amasar una fortuna o conseguir el éxito artístico. ¿No sería más fácil y, de hecho, más lógico no reflexionar y vivir según las pautas de la fe religiosa, esperando la vida eterna y la bienaventuranza celestial después de la muerte? ¿No tendríamos una vida más plena e incluso deseable gracias a la ingenuidad?

No, esa vida no es ni plena ni mucho menos deseable. Al contrario, resulta indigna.

En primer lugar, a los creyentes en realidad se les priva del derecho y la posibilidad de tomar decisiones morales. Y, por cierto, la moral le hace falta al creyente para acceder a una vida religiosa más plena y obtener el posterior beneficio, una entrada garantizada al Paraíso. Si hacemos el ejercicio de imaginar que esta persona de repente descubre que Dios y el Paraíso no existen, lo siguiente será ver cómo su mundo se derrumba de inmediato. Al no tener la posibilidad de crear su propio sistema de normas y pautas, la capacidad intelectual del creyente se atrofia y sus fuerzas creativas naturales van desapareciendo de manera lenta pero constante. Finalmente, en vez de llevar una vida creativa entre las otras personas, como debe hacer alguien independiente, se ve obligado a conformarse con una vida mediocre, casi vegetativa. ¿Es eso lo que todos soñábamos cuando éramos niños?

En segundo lugar, siendo una criatura de Dios, el creyente no es libre, y una persona así no es capaz de crear valores para sí y para los demás. Lo único que sabe crear son quimeras. No porque sea tonta o incapaz por naturaleza, sino porque nada puede añadirse al dogma. La destrucción de la cultura de la razón y la imposibilidad de crear valores llevan al deterioro catastrófico de la calidad de vida. El ser humano deja de habitar un mundo de cosas y personas diversas, y se queda a solas con las Escrituras o, mejor dicho, en su superficie.

En tercer lugar, sin tener la posibilidad de crear su propia moral y valores, el individuo pierde relieve y polivalencia, características intrínsecas del ser humano, y se vuelve descolorido y plano. El *Homo religiosus* es un ser unidimensional. En el contexto del dogma, nadie tiene derecho a destacar o brillar. Por ello no sorprende que un individuo así no se sienta dueño del mundo, sino un ser insignificante: una paja en el fardo de heno de la comunidad religiosa. Una brizna de hierba. Una criatura terrestre. Una fina línea discontinua que se corta sobre una de las páginas del enorme libro del Génesis.

■ ¿Para qué sirve la razón si existe la Torá? ■

No deliberes sobre lo que es superior a ti; no profundices en lo que está fuera de tu alcance; no te ocupes de lo que es incomprendible para ti; no hagas preguntas sobre lo que está oculto para ti. Delibera únicamente sobre lo que está permitido; los misterios no te conciernen.

El Talmud de Jerusalén, Hagigah 2,2; Bereshit Rabba 8

El judaísmo es la primera religión monoteísta que empezó a perseguir la razón simultáneamente a la práctica de adorar a un dios único. La Revelación atribuida a su Dios encerraba a la razón en una jaula intelectual, dejándole como ámbito de actuación «lo